

El Mito Social en la Dinámica de la Revolución

Por Rex D. HOPPER, Prof. de Sociología de la Universidad de Texas. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción del Sr. Pablo Max Insfran, de la Universidad de Texas.

EN una dilucidación de lo que él denomina “síntomas capitales” de la revolución, L. P. Edwards apunta que entre los requisitos indispensables de todo movimiento revolucionario figuran la pérdida de la fe en un “mito social” y el nacimiento de la fe en otro nuevo; y luego formula, en consonancia con lo antedicho, la hipótesis de que una gran revolución no puede ocurrir —o, si se quiere, ninguna ha ocurrido hasta el presente— sin una dinámica “super-racional” o “teológica”.¹ La solidez fundamental de este juicio no puede negarse. Por lo menos, la índole compulsiva de los datos recogidos ha obligado virtualmente a todos los investigadores serios de los movimientos revolucionarios, a recalcar la importancia de aquella característica en la etapa pre-revolucionaria de una sociedad. Brinton sigue la misma corriente de opinión cuando escribe que “miles de plumas y voces son las que construyen, en los años que preceden al estallido

1 L. P. EDWARDS, *Historia natural de la Revolución*. Edwards inicia su examen del mito social con la observación de que, dado “el carácter esencialmente místico de la raza humana”, “inclusive el disgusto más extremado con las condiciones existentes, aunque lo expresen los publicistas más elocuentes y lo refuerce el más poderoso incentivo económico, nunca produce por sí sólo una verdadera revolución... Es absolutamente necesaria una dinámica de naturaleza genuinamente espiritual y religiosa.”

efectivo de la revolución, lo que actualmente está de moda llamar la formulación del mito revolucionario . . . ”²

Al parecer, la moda que Brinton zahiere al pasar comenzó con Georges Sorel, el filósofo francés, quien llamó “mito social” a esta dinámica espiritual de la revolución.³ Postergando por el momento la consideración de la naturaleza del mito y para que pueda apreciarse plenamente su importancia como factor de un cambio social, es deseable examinar las condiciones en que surge. Porque la unanimidad de las opiniones relativas a la significación del mito social, no por cierto deriva de preferencias y prejuicios personales de observadores deseosos de racionalizar la función de la fe en la vida humana. Todo lo contrario: esa unanimidad representa una conclusión a que se ha llegado mediante una aprehensión, que se podría calificar de acumulativa, de la naturaleza del proceso revolucionario y del punto donde el mito social encuadra dentro de él.⁴

Sábase que en esencia un orden social es sociológicamente un orden valorativo; esto es, que consiste en un conjunto de nociones acerca de cómo debe ordenarse la vida. Esos valores, según se cree, están de acuerdo con “la naturaleza de las cosas” que constituye el mito social en que descansa todo orden colectivo; y no resulta exagerado decir que ningún orden social puede sobrevivir al agotamiento de la creencia que lo justifica y que tampoco puede nacer uno nuevo cuando falta algún otro mito que lo inspire.

Las observaciones precedentes indican el papel de los llamados “intelectuales” o “publicistas” en todo orden social, cuya misión fundamental

2 CRANE, BRINTON: *La Anatomía de la Revolución*, págs. 52-63.

3 Consúltense sus *Reflexiones sobre la Violencia*, págs. 22-42. Como avisadamente lo comprendió Sorel, el pueblo casi invariablemente reacciona de una manera negativa con respecto al vocablo “mito”. Aquí sólo se lo emplea porque se lo ha venido usando para designar el fenómeno en estudio. Lo que Sorel pensaba es bastante claro: “Los hombres que participen en un gran movimiento social siempre describen su acción futura como una batalla en la cual la causa que ellos preconizan está llamada a triunfar. Propongo llamar mitos a estas interpretaciones, cuyo conocimiento es tan importante para los historiadores. La ‘huelga general’ sindicalista y la revolución castrófica para Marx son esos mitos.”

Es interesante, pero no guarda relación con nuestro problema, el hecho de que Sorel tuviera tales mitos en alta estima y tratara de justificarlos mediante la filosofía de Bergson.

4 En un estudio inédito sobre *La Lucha por la Independencia*, el que esto escribe considera el mito social como un factor importante en aquel movimiento revolucionario.

es racionalizar el mito en que se apoya ese orden. Mientras se muestren dispuestos a desempeñar esta función, los demás elementos de la población conservan su fe en el orden social. Pero tan pronto como, por cualesquiera razones, los intelectuales llegan a perder su fe en el mito social y ya no tienen voluntad para defender el *statuo quo*, se abre un proceso que bien puede rematar en revolución. Precisamente por su importancia estratégica —tan grande como la de aquellos “cuyo trabajo consiste principalmente en mantener y transmitir intacto el sistema a las generaciones futuras”— “El cambio de adhesión de los intelectuales” debe considerarse como un segundo “síntoma capital” de revolución.

No es posible pormenorizar aquí el proceso antes esbozado que lleva a los intelectuales al desmedro de su fe en un mito social y a la elaboración de otro. Para nuestro propósito basta decir que los estudios de los movimientos revolucionarios confirman ampliamente tanto la presencia como la importancia de esos dos “síntomas capitales” en las sociedades pre-revolucionarias. Por eso pasaremos a examinar la naturaleza y contenido del mito social.⁵

Naturaleza del Mito Social

Como ya se ha expresado, el elemento básico del mito social es la convicción de que *lo que quieren hacer* los revolucionarios, se identifica, en el curso del proceso que los arrastra, *con lo que deben hacer*, porque así lo dispone “la naturaleza de las cosas”. Que esta fe en el curso que deben seguir provenga de la convicción de obrar “de acuerdo con la voluntad de Dios” u “obedeciendo a las leyes de la Naturaleza” es cosa completamente incidental.

El segundo rasgo importante del mito social es el hecho de que representa un esfuerzo sistemático por delinear el boceto de un nuevo orden social. “Emerge un nuevo ideal de las innumerables críticas a las cosas como son, y de las esperanzas, no menos innumerables, en las cosas como podrían ser. Es un ideal que abarca todo. Encierra una nueva totalidad de las inclinaciones —las más fuertes y las más débiles por igual— de la clase descontenta”.

5 Sobre este tópico consúltese EDWARDS, *op. cit.*, capítulos 4 y 5; BRINTON, *op. cit.*, capítulo 2; y el manuscrito inédito de Rex D. Hopper (The University of Texas, 1943, capítulos 8 y 9).

Pero, además, el mito social no es solamente un programa “natural” o “inspirado por Dios” para la organización de un nuevo orden colectivo. Es también una manera de vida, que los que tienen fe en el mito creen realizable a corto plazo. “Encaja de tal modo en un futuro indeterminado, como para dar un aspecto de completa realidad a las esperanzas del presente. Psicológicamente, es un ‘nuevo cielo y una tierra nueva’”

La cuarta y última característica del mito social dimana directamente de la creencia de sus devotos en la posibilidad de una realización inmediata. Porque creen en esto, el mito se les representa como una manera de vida mejor, no sólo imaginable sino posible, “capaz de efectuar una completa transformación de los deseos, pasiones e ideas de los que lo aceptan . . .”⁶

Tal, pues, es la naturaleza de este hijo cerebral de los intelectuales, de este síntoma capital de la revolución. ¿Qué puede inferirse de lo dicho, que nos haya de llevar a un entendimiento de la crisis por la cual atraviesa ahora la civilización occidental?

El Tipo de Conductor Necesario en la Crisis Contemporánea

La primera inferencia, por cierto ineludible, es que solamente los hombres de fe robusta y fuertes convicciones se atreverán a atacar los problemas que nos confrontan por todos lados. Los hombres de poca fe y escasa visión pueden únicamente contemporizar, y cuando los tiempos exigen cambios revolucionarios, los contemporizadores se ven arrollados por los “jinetes”.

Los tiempos *son* revolucionarios, porque penden sobre nuestras cabezas cambios radicales en nuestros modos de vida y en nuestros valores básicos. Los medios de transporte y comunicación que hemos inventado, crean una acción internacional recíproca, en la cual un mundo organizado sobre la base del patriotismo nacionalista resulta un anacronismo una especie de vestigio cultural que debe ser substituído por una forma de organización social más eficiente.

Por otra parte, empezamos a percibir débilmente que el cuadro de “sangre, sudor y lágrimas” tan elocuentemente trazado por Mr. Churchill y que siempre acompaña a todo cambio revolucionario, es un síntoma inci-

6 EDWARDS, *op. cit.*, p. 91-92.

dental correlativo antes que un aspecto fundamentalmente necesario de aquel cambio.

Finalmente, comenzamos a abrigar la esperanza de que en la sociedad-mundo que está surgiendo, las guerras y revoluciones han de ser —y serán— relegadas “a ese museo de arcaicos horrores donde ya han hallado su sitio el canibalismo y la esclavitud”.

Son éstos, pues, “tiempos que someten a prueba el alma de los hombres”, y no debemos defraudar las obligaciones y responsabilidades que nos imponen.

La Elaboración del Mito en la Crisis Contemporánea

Una segunda inferencia es que vivimos en un período de “elaboración de mitos”, perfectamente comparable al que precedió a los cambios revolucionarios que anegaron el mundo occidental y culminaron en las revoluciones Angloamericana, Francesa y Latinoamericana. El proceso de que formaban parte esas revoluciones y que Randall llamó, tan acertadamente, “elaboración de la mente moderna”, fué demasiado largo y complejo para que aquí se lo recapitule. Sin embargo, algo hay que decir sobre él para entender los aspectos ideológicos de la crisis actual.

Cuando despuntaba el siglo XII se inició un movimiento que había de llevar al rechazo del “mito” del feudalismo, al desarrollo de un nuevo “programa” y a la larga, al establecimiento de un nuevo orden social cimentado en un nuevo mito.

No nos incumbe determinar los factores que precipitaron la desintegración del orden social de la Edad Media ni describir los diversos aspectos del movimiento general que arrancó de ella. Para nuestro propósito, es suficiente decir que la “Revolución Copernicana”, la “Revolución Cartesiana”, la “Revolución Comercial”, el “Renacimiento” y la “Reforma”, fueron, todos ellos, aspectos de un cambio total en la orientación de la sociedad, cambio que, comenzado en lo que se ha denominado “primer Renacimiento”, había de rematar en el período que hoy, en nuestra ojeada retrospectiva, conocemos por “Ilustración del siglo XVIII”.

En resumen, durante esos siglos se operó una mudanza en lo que Calverton designa como “compulsivos culturales”; o, para emplear la expresiva frase de Becker, se fué modificando “el clima de opinión”.⁷

7 PARK, R. E. (editor), *Esbozo de Principios de Sociología*, p. 256.

Lo significativo, sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo subsiguiente, es que los grandes y arrolladores cambios que se produjeron en la mente del pueblo estuvieron íntimamente ligados al surgimiento de una clase media y se caracterizaron por el crecimiento del nacionalismo y del patriotismo en el sentido moderno.

Así se realizó una migración intelectual que forjó un pueblo integralmente dominado por el hechizo de un nuevo "mito", y que se encaminaba hacia una serie de metas generalmente aceptadas. Un examen prolijo de la naturaleza del nuevo mito demuestra que en él hallaban expresión todas las características de tales mitos.

En primer término, lo que era común a todos los esfuerzos para delinear un plan del nuevo orden social reclamado por el derrumbe del feudalismo, consistía en la convicción de que el nuevo orden social debería basarse en derechos naturales, pertenecientes al hombre por obra de la ley humana o por mandato de la ley divina.⁸

Un segundo postulado básico del emergente mito social es aún más importante que el supuesto recién mencionado. Los intelectuales empeñados en crear la nueva fe, deseaban enraizarla en "la Naturaleza o en Dios", porque creían devotamente "que el orden de la Naturaleza contenía un orden, la ley moral natural... que debe descubrirse y seguirse como cualquiera de los principios racionales del mundo-máquina de Newton... Dios los había impuesto, como había impuesto la ley de gravitación, pero el contenido de sus mandatos, igual que el de todas las demás leyes de la naturaleza, debía ser descubierto mediante los métodos racionales y experimentales de la ciencia newtoniana."⁹

Concluye Randall: "De esta actitud de fe en la naturaleza y en lo que aprueba la razón, nacieron los grandes ideales del Siglo de las Luces: el humanitarismo, la tolerancia, el pacifismo y el cosmopolitismo." Y porque creían que estos ideales armonizaban con los propósitos mismos del universo, los hombres esperaban confiadamente su realización.¹⁰

Estos eran, pues, los ideales del nuevo mito social, y sobre ellos los hombres estaban de acuerdo. La manera de darles forma práctica era otra cuestión, acerca de la cual no coincidían los pareceres, divergencia que condujo al desarrollo de las cuatro tendencias principales que caracterizaron el pensamiento político del siglo XVIII.

8 RANDALL, J. H., *La Elaboración de la Mente Moderna*, págs. 358-59.

9 *Op. cit.*, págs. 365-66.

10 *Ibid.*, cap. 15.

Aunque el punto es interesante, no es necesario que consideremos en sus detalles la lucha sobre los medios con que los hombres buscaban alcanzar aquellos fines comúnmente aceptados. Basta observar que “el curso de esta lucha provocó teorías y concepciones políticas que, primeramente, exaltarían al monarca contra el papado, de sostén divino; que, segundo, le empujarían contra la herencia de la costumbre y del poder feudales; y que, tercero, cuando esta obra estuviera concluída y el poder se hallara encarnado en un gobierno nacional, le arrebatarían ese poder para dárselo a la clase media, Así como la formulación de la visión científica del mundo nos lleva más allá del cartesianismo hasta Isaac Newton, así también la formulación de la situación política alcanzada por los holandeses y los ingleses nos lleva hasta John Locke, y esas dos figuras se yerguen como la síntesis del siglo XVIII y como el manantial del pensamiento de la Ilustración.”¹¹

Expresado en términos ligeramente diferentes, esto quiere decir que el primer estadio del proceso que entregó el poder a la clase media, se distinguió por la fabricación de un mito, cuyos elementos esenciales fueron el absolutismo, el mercantilismo y el nacionalismo. Guiada por este mito, la clase media pudo protegerse a sí misma tanto de la iglesia como de los señores feudales. En el segundo estadio el absolutismo, llenado su propósito, sufrió una modificación hacia el “constitucionalismo de la clase media” y la “democracia”. El tercer estadio se caracterizó por el triunfo relativo de la “democracia de los derechos naturales” en todo el mundo occidental. El cuatro fué testigo del desarrollo del utilitarismo como “un método nuevo y racional de atacar todos los problemas políticos y sociales”. Según observa Randall, todo era parte del empeño de construir una física social que sirviera como instrumento de actualización a los ideales del nuevo mito social.

Por de contado, las revoluciones americanas —de Anglo e Ibero-América— no fueron sino aspectos de este desbarajuste general. Ralph Gabriel ha hecho un análisis particularmente lúcido de los contenidos del mito social angloamericano en *El Curso del Pensamiento Democrático Americano*. Como no difiere en ningún detalle esencial del esquema relativamente completo que se acaba de ofrecer, no hay necesidad de repetir aquí la enumeración de Gabriel. Nos limitaremos a decir que Gabriel demuestra cómo un punto de vista que, en último análisis, estaba arraigado

11 *Ibid.*, p. 178.

en el pensamiento de Isaac Newton y John Locke, devino en religión nacional, en fe democrática.¹²

La significación de la crisis contemporánea es que el "mito" norteamericano se tambalea sobre sus propios cimientos bajo golpes que le vienen de afuera y de adentro. Desde afuera le arrojan el guante los mitos opuestos de los diversos totalitarismos. (Todos sabemos esto, y no se requiere otro comentario que el decir que esos mitos representan en sí el fruto del desahucio del mito democrático que motivó la gran revolución del siglo XVIII, o el de una participación insuficiente en él).

El ataque por dentro es mucho más sutil, en consecuencia más peligroso. Mucho antes de que la agresividad de las potencias totalitarias suministrara un respiro momentáneo con la Segunda Guerra Mundial, el basamento de la fe democrática se había debilitado con la corrosión de los supuestos "ácidos de la modernidad". Nuevamente, las constancias son tantas a este respecto, que sólo "el que corre puede leerlas". La montaña de pruebas acumuladas se eleva a tan alto, que en verdad desalienta todo esfuerzo por resumirlas. Sin embargo, John K. Jessup ensayó la tarea recientemente, y los resultados son notablemente ilustrativos.¹³

En opinión de Jessup, Charles Darwin, Herbert Spencer y William Graham Sumner prepararon los "ácidos de la modernidad" que carcomen desde abajo los cimientos de la democracia, casi antes de que ésta naciera. De Darwin escribe que "su *Origen de las Especies* socava la creencia instintiva del hombre en los derechos naturales del individuo. En vez de derechos naturales, surgen leyes naturales, que los hombres, como los animales, desafían a su propio riesgo." De Spencer dice que "aplicó el darwinismo a la ciencia social y se tornó en el torvo apóstol de un completo *laissez faire*. Pensaba que los gobiernos ni siquiera debían establecer oficinas de salud pública. Sus ideas tuvieron popularidad con los últimos capitalistas del siglo XIX." En cuanto a Sumner, lo pinta como al "Spencer norteamericano" que, cuando la Asociación Norteamericana de Economía propuso la reforma legislativa de 1885, escribió "El Absurdo Esfuerzo de Rehacer el Mundo"

Hasta aquí esta breve referencia a la pérdida de la fe en el mito democrático. En "El Temperamento Moderno" Joseph Wood Krutch dice algo de la bancarrota intelectual en que sumió al mundo occidental:

12 GABRIEL, RALPH, *El Curso del Pensamiento Democrático Americano*, p. 13.

13 "América y el Porvenir", en *Life*, Septiembre 13 de 1943.

Mi tema no es una serie de hechos objetivos, sino un estado mental, y en el esfuerzo por describirlo y explicarlo me hago responsable, no de la verdad, sino de las convicciones, científicas o de otro género, que yo y mis contemporáneos nos hemos visto inducidos a sostener.

Ciertamente, si en realidad existe el temperamento moderno que aquí se describe, es bien diferente de ese optimismo científico que, aunque indebidamente popularizado en los momentos actuales, pertenece en rigor al pensamiento del siglo XIX; y ciertamente uno de sus rasgos más distintivos es su incapacidad para llegar a una creencia religiosa, por un lado, o a un regocijado ateísmo, por otro. A semejanza de sus antepasados, sus víctimas no esperan ni nunca esperarán creen en Dios; pero, a semejanza de sus padres espirituales —que fueron los filósofos y hombres de ciencia del siglo XIX— han empezado a dudar de que la racionalidad y el conocimiento posean alguna tierra prometida adonde puedan ser conducidos. Tal vez esta sea la forma más general en que pueda formularse el dilema.

El desmedro de la fe en el mito democrático nos ha llevado, según Krutch, a la conclusión, algo coja, de que “nuestra causa está perdida y no hay lugar para nosotros en el universo natural, pero no por eso lamentamos nuestra calidad humana. Preferimos morir como hombres que vivir como animales.”¹⁴

Y un barrunto de la ingenuidad teórica con que emprendemos la tarea de formular una nueva fe se discierne en el planteamiento que hace Jessup del problema:

Debajo de la ruidosa superficie de la política norteamericana, hay un acuerdo mucho más profundo del que ha habido en muchos años. Secreta, nostálgicamente, como sospechando a medias que están fuera de moda, los norteamericanos en su mayoría creen en la misma cosa. Creen en ese documento descolorido que se llama Declaración de Independencia; creen en su derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad; creen en la libertad e igualdad de todos los hombres.

En resumen, Jessup afirma que los norteamericanos creen en “la libertad y que la Declaración de Independencia constituye para nosotros un reto y una garantía, un principio rector para atacar cualquier proble-

14 KRUTCH, JOSEPH WOOD, *El Temperamento Moderno*, pp. XIV-VI y 248-49.

ma que hoy, mañana, o siempre confronta a nuestra civilización. No necesitamos más —ni menos— revolución que esa.”

Del supuesto precedente fluye con naturalidad la conclusión indicada:

¿Qué debe hacer el pueblo norteamericano si desea adoptar una política de libertad? Primero de todo, creer en ella y en la doctrina del libre albedrío socavada por Marx y Darwin. Luego, decir a su gobierno que deje de entremeterse a la ventura en ciertos asuntos y se ponga a trabajar en otros.

Si la patética inadecuación de esta proposición no fuese tan trágica, sería divertida. Nada dice de los factores básicos que destruyeron la creencia en la libertad. No aporta ninguna contribución a los problemas intelectuales relacionados con la reconstrucción de los contrafuertes teóricos de esa creencia. Nada hay allí fuera de ciertas palabras mágicas empleadas en la ciega esperanza de que hallen eco en el pueblo. Nada, fuera de la invocación de un mito a medio morir, y esto porque de otro modo la propia invocación sería ociosa. A un pueblo que busca un guía, se le grita: “¡El mito ha muerto! ¡Viva el mito!” Conceptos como los de libertad, igualdad, libre albedrío, libre iniciativa y democracia, reclaman una defensa mejor. Si lo apuntado es lo mejor que el intelectual contemporáneo puede hacer en su apoyo, entonces queda muy poca esperanza, si queda alguna.

Con todo, a pesar de sus fallas, Jessup percibe la inminencia de ciertos cambios fundamentales. Indica que “no hay necesidad de ser un timorato congénito para anticipar algún trastorno en el porvenir. Hay en toda la nación como la resaca de un oleaje de temor y pesimismo que las mejores noticias de la guerra no pueden contrarrestar... La gente no tiene fe en que el sistema de capitalismo democrático sea capaz de mantener a Norteamérica en un pie de plena producción y máximo empleo después de la guerra. Y acaso la falta de fe sea un género de fracaso nacional, el género que presagia una revolución.”

Inadvertidamente, quizás, pero no por eso con menos exactitud, Jessup aísla aquí uno de los síntomas capitales de las sociedades pre-revolucionarias. Aunque es mucho decir que “el cambio de adhesión de los intelectuales” ya se haya operado, no cabe desconocer, por otra parte, que el “período de discusión” está en pleno auge. Como observaron recientemente los editores del *Time*, “hoy día se filosofa sobre política más que en ningún otro tiempo desde el siglo XVIII.” Exactamente, y por la misma razón. Y por cierto que no es indiferente quien se lleve la palma en la discusión,

porque la victoria determinará el “clima de opinión” de la próxima época cultural. Los mismos editores hicieron notar en la presentación de un artículo de Alfred Noyes:

La actual revolución mundial ni siquiera podría haber empezado si las condiciones intelectuales, necesarias, no la hubiesen preparado con una lucha ideológica trabada por años en la mente de los hombres. El fin de la guerra no puede dar término a esta lucha, porque la revuelta contra la civilización empezó en todos los centros de civilización, y la mente no reconoce fronteras nacionales. Los éxitos en la esfera militar tuvieron sus arrolladoras contrapartidas, hace años, en la esfera intelectual. La secularización de la mente moderna es tan completa, que ella puede descartar las opiniones contrarias con simple epíteto *reaccionario*—piedra de toque del triunfo de toda revolución. Pero algunas islas de resistencia se han mantenido en la lucha intelectual; quedan algunas sobrevivientes que continúan enarbolando las viejas insignias bajo las cuales se reorganizarán los que no pueden ser atraídos o derrotados, porque nada puede trocar su convicción de que una civilización sin Dios sólo engendrará un mundo inhumano.¹⁵

A todas luces, estamos en un período de renovada “elaboración de mitos.” Ya desde el horrendo crisol de la lucha reciente de los hombres volvían a forjar una fe adecuada a los problemas vigentes. ¿Hay algún medio de romper el fatigoso ciclo de fabricación de mitos? ¿Hay algún medio de evitar el reiterado error de dignificar nuestros hábitos morales con la presunción de que son inherentes a la naturaleza de las cosas o revelan la voluntad de Dios? ¿Podríamos esperar razonablemente el desenvolvimiento de una fe genuina que reemplace a los “mitos sociales” a los que los hombres juran fidelidad con la misma frecuencia con que los repulsan? Creemos que sí; y con ello se nos desbroza el camino para exponer nuestra tercera y última inferencia.

La Ciencia Social en la Crisis Contemporánea

El estudio de las revoluciones parece indicar que no hay “escapatoria”, a menos hasta tanto que podamos tener fe en la deseabilidad y posibilidad de una ciencia de la conducta humana. Porque, a falta de ella, los hombres

15 Fortune, Octubre de 1942.

no pueden hacer otra cosa que confiar en los “mitos”, los que, por ser tales, sólo acarrearán desilusión a los que los toman por guías.

La necesidad de una ciencia del comportamiento se ha hecho doblemente imperiosa con la aplicación de la sistematización científica a otras áreas de la experiencia. El concurso de la “fe” no puede eludirse. Pero la introducción de la ciencia como elemento permanente en el vivir humano, ha imposibilitado, virtualmente, que los hombres depositen su fe en valores que son tenidos por “míticos”.

La agonía que sufren los hombres cuando se les encara al “hecho” aparente de que la esencia del vivir (esto es, sus valores) es mítica, está punzantemente expresada en el siguiente pasaje bien conocido del famoso *Prefacio a la Moral* de Walter Lippman:

El hombre moderno que ha dejado de creer, sin dejar de ser crédulo, está, como si dijéramos, colgado entre el cielo y la tierra, y no descansa en ninguna parte. No hay teoría que le explique el significado y el valor de los sucesos que se ve obligado a aceptar, pero está obligado a aceptarlos, a pesar de todo. Los sucesos están ahí, y le abruma... Pero no le convencen de que poseen la dignidad inherente a lo necesario o a la naturaleza de las cosas. Cuando creía que el desarrollo de los sucesos era una manifestación de la voluntad de Dios, podría decir: “Hágase Tu voluntad... Tu voluntad es nuestra paz.” Pero cuando cree que los sucesos están determinados por la votación de la mayoría, por las órdenes de sus patronos, por las opiniones de sus vecinos, por la ley de la oferta y la demanda y por la decisión de hombres totalmente egoístas, entonces cede porque tiene que ceder. Está vencido pero no convencido... Al echar una ojeada al flujo de los sucesos y al aturdimiento de su propia alma, llega a imaginar que Aristófanes debió de haber pensado en él cuando estampó que “el turbión expulsó a Zeus y se hizo rey”.¹⁶

Que los hombres no se contentarán con una ciencia que se niega a entender de valores o con una religión que sólo les ofrece valores míticos, se desprende de este llamamiento de la pluma de un conocido periodista:

La religión, la ciencia y el romanticismo se han rebajado a nuestros ojos, y si hemos de usar nuestra mente de algún modo, lo debemos hacer con bravura incommovible. Nunca los hombres han necesitado más fe que ahora, en el momento en que nuestra civilización, deplorablemente desmoralizada, clama por una orientación constructiva. ¿Pero en qué podemos depositar nuestra fe en el mundo

moderno?... Lo más importante en un hombre es lo que cree; ¿pero qué nos dejó nuestra iconoclastia en esta era de desencantos? Nos hacemos estas preguntas, porque ahora tenemos la cordura de saber que hasta que hallemos el áncora de una filosofía positiva y satisfactoria, seremos una "generación perdida", como los infelices cuya moral destrozó la guerra.¹⁷

Sin lugar a dudas, es imperiosa la necesidad de crear una ciencia de la conducta, una ciencia del actuar que abarque un conjunto de conocimientos a cuya luz los hombres pueden determinar los valores a que deban adherirse. Los intelectuales están una vez más confrontados por la obligación de llenar su papel tradicional.

Robert S. Lynd aprehendió sagazmente este hecho cuando escribió:

Tal responsabilidad corresponde a una ciencia que admita en su campo a los valores humanos con categoría de datos específicos, y que así ayude a investigar el contenido y modos de expresión de la adhesión que se les otorga... Si la ciencia social se aparta de esta tarea, el camino que nos queda por andar sólo será una serie de confusas emergencias. Para el estudioso de la cultura, paralización institucional como aquella de la época de la moratoria bancaria, en la primavera de 1933, son raras y auspiciosas ocasiones para llevar a efecto los cambios culturales requeridos, *con tal que se haya pensado en ello anticipadamente y se tenga trazado el curso de acción deseado*. Sin esto último, no saldrán de esas emergencias nada más efectivo que Blue Eagles,¹⁸ exhortaciones forenses, remiendos legislativos dispersos y lamentaciones sobre las fallas de nuestras instituciones frente al fascismo. Pero si se investiga y se proyecta con anticipación, podremos aún demostrar que Norteamérica es realmente la tierra de la oportunidad y la libertad.¹⁹

17 HOPKINS, FRANK S., ¿Qué después de la religión? "Harper's Magazine," Abril de 1934.

18 Durante la crisis a que alude Lynd, la administración del Presidente Roosevelt creó una serie de organizaciones encaminadas a sortearla, entre ellas la National Reconstruction Administration NRA, cuyo sello oficial era un águila azul (blue eagle), y que ulteriormente fué declarada inconstitucional por la Suprema Corte federal.

19 LYND, ROBERT S., *Knowledge For What*, págs. 239 y 50.